

RECENSIONES

MARCEL MERLE: *Forces et enjeux dans les relations internationales*. Ed. Economica, París, 1981, 416 pp.

Marcel Merle, profesor de la Universidad París I, es autor bien conocido del especialista español, ya que sus obras principales han sido traducidas al castellano e incluso sus manuales son utilizados por nuestros estudiantes, así como por los iberoamericanos. Por otra parte, y es mérito aún mayor que debe recordarse, a M. Merle corresponde un lugar de privilegio en el enfoque europeo de las Relaciones Internacionales, puesto que ha conseguido poner en marcha, nuevamente, los estudios franceses en la materia, dominados y paralizados por el peso agobiante de Raymond Aron. Luego, en fecha aún reciente, vendrían los Gonidec, Zorngibe, Jouve, Colard, etc.; pero el impulsor del proceso de cambio en Francia fue Marcel Merle; primero con su obra *La vie internationale* (3.^a ed., 1977); segundo, y fundamentalmente, con su *Sociologie des relations internationales* (2.^a ed., 1978).

En *Forces et enjeux...*, M. Merle asume el riesgo de presentarnos, debidamente agrupados en un intento sistemático, la muestra de sus trabajos más representativos publicados separadamente a lo largo de cerca de treinta años. El conjunto resultante puede parecer un tanto heterogéneo, pero una lectura detenida revela claramente el itinerario intelectual recorrido por su autor; trayecto que, además y como se verá, tampoco es excepcional entre los cultivadores europeos de las Relaciones Internacionales. Marcel Merle, dotado de una excelente formación histórica y filosófica, inició sus actividades docentes como profesor de Derecho internacional, para, con el paso del tiempo y los avatares del escalafón y de los planes de estudio, convertirse en renombrado especialista de las Relaciones Internacionales y ardiente defensor de los planteamientos politológicos. Pertenecen a su primera época los trabajos que aparecen bajo la rúbrica *Le Droit aux prises avec les faits* y *La force et la richesse*. Estas páginas, redactadas casi todas ellas en la época más temprana de su formación y ejercicio académico, denuncian lo que el mismo autor no se recata en confesar cuando se autodefine como *un jurista sin ilusiones*. Lo que, de otra forma, podría entenderse como la insatisfacción de un especialista en la temática internacional ante la cortedad y la ineficacia de la regla de derecho. En términos distintos: la inadecuación entre la realidad internacional y su imagen deformada que nos devuelve el espejo jurídico.

El enfoque de las relaciones internacionales, menos rígido y menos articulado que el puramente jurídico, quizá más acomodaticio a ideologías particulares, ofrece el atractivo no sólo de reflejar una visión más amplia, sino

también la posibilidad de esbozar toda una filosofía del comportamiento de los actores internacionales. Todo ello, ciertamente, sin caer en excesos de trivialización, y sobre todo manteniendo un planteamiento doctrinal coherente. Este planteamiento dual aparece frecuentemente a lo largo de *Forces et enjeux...*, añadiendo además las claves explicativas de una serie de posiciones teóricas, adoptadas por Marcel Merle en *Sociologie des relations internationales*, su obra más ambiciosa hasta la fecha.

Por consiguiente, enfrentado a la doble tentación del enfoque sociológico y del politológico, la opción de Marcel Merle por el segundo parece la más lógica: «... la conviction que l'éclairage de la science politique est celui qui procure la vision la plus large et la plus compréhensive de la complexité des phénomènes internationaux» (p. vii). Esta postura metodológica, acompañada de la búsqueda de un rigor perdido (la secular solidez del tratamiento jurídico), llevan de la mano a una defensa, bien que matizada, de los enfoques sistémicos y, en particular, de la obra de Easton. En esta concepción, la resultante de la trayectoria intelectual de Marcel Merle, no tienen cabida los planteamientos idealistas, tampoco los ideológicos, y ni mucho menos los doctrinarismos marxistas. Que, dicho sea de pasada, Marcel Merle minimiza continuamente, trasladándolos al reduccionismo absurdo de la primacía del factor económico.

En estos aspectos apuntados bien podría decirse que, al margen de toda ironía, Marcel Merle es un aroniano *malgré lui*. Le repugna, intelectualmente, la globalización hobbesiana imperante en buena parte del pensamiento europeo sobre Relaciones Internacionales; pero, al mismo tiempo, rechaza toda hipótesis utopista: «... dans le climat qui domine à l'heure actuelle, la critique de l'ordre établi et la sacralisation des aspirations au changement s'incrinvent sur la pente de la facilité plutôt que sur les sentiers de la rigueur intellectuelle» (p. vii). Y es que, en el fondo, tampoco Marcel Merle se libra de la maldición histórica del pesimismo antropológico.

Parece, a estas alturas de la reflexión, que el hecho moral, en su sentido más primario, pesa o puede pesar decisivamente sobre alguna de las mentalidades consagradas a la especulación sobre la sociedad internacional. O, con palabras más discretas, que la aspiración, quizá malsana, de diseñar una filosofía generalizadora se disuelve en insuficientes posturas pseudo-trascendentalistas, al modo que en su momento impuso Morgenthau. Con lo cual aquello que podía ser una moral de la historia, se convierte en una moral de uso doméstico y provinciano. Y que en el caso que nos ocupa, explicita claramente nuestro autor: «Le seul fait que l'auteur (Marcel Merle habla de sí mismo) ait consacré une partie de ses recherches à l'étude du rôle international des forces religieuses déjà oblige à poser la question du sens» (p. vii). A este respecto es recomendable, por ejemplificadora, la lectura de los artículos incluidos en el epígrafe último, «Le rôle des croyances et des idées» (pp. 339-409). Donde, curiosamente, Marcel Merle reemplaza una ideología por la defensa y el mantenimiento de su antagonica. En fin de cuentas, son las claves que nos explican el desarrollo posterior del discurso de Marcel Merle, que en ocasiones abandona su exquisito rigor científico para adoptar un tono moralizante y parabólico más propio de otras tribunas.

Es legítimo que cada lector, ante un mismo libro, tenga sus distintas páginas preferidas. En nuestro caso, no sólo conocedor a fondo de la obra de

RECENSIONES

Marcel Merle, sino también colaborador suyo y traductor al castellano de lo mejor de su producción intelectual—motivos por los cuales pueden comprenderse los párrafos anteriores que apuntalan el conocimiento de los planteamientos científicos de Merle y su devenir a lo largo de más de un cuarto de siglo—, centramos nuestras preferencias en los trabajos incluidos en el epígrafe titulado «Les jeux de la politique» (pp. 161-262), en donde esencialmente se estudian las relaciones entre política interna y política internacional, así como las posiciones de los partidos políticos ante el fenómeno internacional y el peso de éste en las confrontaciones electorales. Se parte de una interrogante: ¿La abstención de los investigadores obedece al poco interés del tema? Estima Merle que no es esta la razón, sino que, por el contrario, los estudiosos de los partidos políticos sólo se interesan muy mediocrementemente por las relaciones internacionales (p. 172). En un plano más general, Marcel Merle subraya la tendencia de los partidos políticos a privilegiar la temática interna y a tratar la política internacional como un pariente pobre de la anterior (p. 177). Ello se debe, siempre en opinión de Marcel Merle, a dos motivos: 1) Ningún partido puede hacer carrera actuando exclusivamente en temas de política internacional. 2) Cuando los partidos esgrimen de vez en cuando problemas internacionales, lo que realmente buscan es hostigar al adversario o presionarle. El correlato lógico sería que los partidos usan la política internacional como arma arrojada y exclusivamente con fines electoralistas, pero de un calibre secundario. Instrumentalización y desinterés general que conocen situación excepcional cuando se producen grandes crisis internacionales, aunque también en estos supuestos el interés de la opinión pública decae muy rápidamente. Acertadamente, señala Marcel Merle: «Les enjeux de la politique extérieure ne peuvent avoir d'effet mobilisateur que s'ils sont reliés à des choix de société qui affectent les convictions profondes ou les conditions de vie des populations» (p. 179).

Generalizando aún más este desinterés de los partidos por la temática internacional, Marcel Merle sugiere, finalmente, dos ensayos de explicación. Uno, la apatía de las infraestructuras sociales. Dos, una voluntad deliberada de ocultación. Posiblemente estas hipótesis tan negativas contengan un desafío: incitar a los estudiosos de las Relaciones Internacionales a inclinarse sobre la observación de la dialéctica política interna-política internacional y a la investigación de la hipotética función de los partidos políticos en la tarea de concienciación internacionalista de sus respectivas opiniones nacionales. Y es un reto que no puede desecharse sin más, sino que, por el contrario, debe asumirse en su totalidad.

Forces et enjeux dans les relations internationales supone, en conclusión, un jalón más en la obra de Marcel Merle, y no el menos importante. De gran interés no sólo por lo que contiene de explicitación de su producción anterior, sino también por los proyectos de futuribles científicos que ofrece. Afortunadamente para el propio Marcel Merle, y posiblemente en contra de sus propias aspiraciones, no estamos ante un científico social tranquilizador, sino profundamente polémico. Puesto que posee la envidiable virtud de un renovado propósito de interrogación científica y cultural, anclada en un sólido y bien intencionado conservadurismo académico. Obra, pues, para leer atentamente, y en especial para discutir y polemizar.

ROBERTO MESA

RECENSIONES

ARACELI MANGAS MARTÍN: *El Comité de Representantes Permanentes de las Comunidades Europeas*. Centro de Estudios Constitucionales. Madrid, 1980, 235 pp.

No deja de resultar paradójico que la institución comunitaria que quizá más haya evolucionado creciendo en complejidad y poder sea una formalmente secundaria, ancillar: el Comité de Representantes Permanentes o, en jerga comunitaria, el COREPER. Aunque sólo fuera por esto, el tema ya merecería un estudio; el publicado por la profesora Araceli Mangas se acerca al mismo con conocimiento minucioso de las fuentes bibliográficas y con un rigor metodológico que hacen de su tratamiento sistemático del COREPER no ya un trabajo brillante, exhaustivo o necesario, sino, más aún, imprescindible.

Hay, sin embargo, un punto en el que nos permitimos disentir del juicio expresado por la autora en sus páginas preliminares cuando considera que «la burocratización no es un dato esencialmente peligroso»; «no creemos —añade— que pueda suponer una "esclerotización" de la vida comunitaria. Por el contrario, en estos momentos esta tela de araña burocrática ha ido introduciendo en las Comunidades Europeas un factor de estabilidad humana y de interés sociológico» (p. 20). Por nuestra parte, pensamos que la ruptura del equilibrio institucional comunitario, del que el desarrollo un tanto hipertrofiado del COREPER no es sino la otra cara de la moneda, hay que inscribirla en lo que C. Sasse denomina precisamente «la tendencia predominante hacia una integración controlada burocráticamente», es decir, hacia el modelo neofuncionalista.

Pero vayamos por partes. El COREPER, como bien sitúa la autora, encuentra su antecedente inmediato en el COCOR (Comité de Coordinación) de la CECA. Al producirse el tratado de unificación de 1967, en el que se instituye un Consejo y una Comisión únicos, y concretamente en su artículo 4, se reconoce el papel del COREPER con dos funciones instrumentales claras: «preparar los trabajos del Consejo y ejecutar los mandatos que éste le confía».

El COREPER aparece así claramente como un intermediario obligado entre los gobiernos nacionales y la Comisión. Con el tiempo esa actividad se ve desbordada cualitativa y cuantitativamente de tal modo que, argumenta Araceli Mangas, «su misión ya no se limita a la mera preparación y formación técnica de la voluntad nacional, sino que su actividad puede conducir principalmente a las negociaciones entre los gobiernos y la Comisión hasta fases muy avanzadas de la formación de la voluntad comunitaria». No son responsables *de iure*, pero sí *de facto*, no sólo de la preparación de informes (su actividad propia), sino de la toma de posición política que corresponde al Consejo y que los ministros tienden a aceptar (los famosos puntos A adoptados sin discusión), sino de verdaderas tomas de posición política, campo legalmente de exclusivo disfrute del Consejo.

Este desarrollo institucional ha planteado una serie de problemas perfectamente recogidos por la autora y bien sintetizados por Altiero Spinelli, quien estima que el conflicto principal residía en el hecho de que el Comité «se ha apropiado, de hecho, a la vez, de una parte del poder de decisión del Consejo, y de otra parte del poder de elaboración de la Comisión».

RECENSIONES

Estos son, en definitiva, los grandes problemas originados por la actividad del COREPER: «detentar, de hecho, parte del poder de decisión del Consejo» y «atentar contra el derecho de iniciativa de la Comisión».

A pesar de ello existe general unanimidad (incluso en la Comisión) en juzgar positiva la labor ejercida por unos funcionarios perfectamente conocedores de los problemas, tanto nacionales como comunitarios, lo que les convierte en indispensables mediadores entre la Comisión y las respectivas administraciones nacionales, ante quienes defienden, en muchas ocasiones, el interés comunitario. Es precisamente este conocimiento de las distintas posiciones, unido al prurito de no fracasar, de querer consultar a todos, el que le lleva a constantes pactos. Todo ello conduce inevitablemente a una autocensura esterilizante que ralentiza a nivel comunitario cada vez más unos procesos de decisión demasiado lentos (preparar una directiva puede llevar más de un año). Todo ello produce el bloqueo burocrático del sistema, al que en absoluto son ajenas las demás instituciones, y en particular una Comisión cada vez más debilitada en su poder de impulsión (p. 189). La burocracia y tecnocracia del COREPER no cabe, pues, criticarla sino en relación a todo el sistema comunitario.

Tras un completísimo repaso a toda una serie de temas, en el que no podemos entrar aquí, la autora llega a la conclusión, con la que estamos básicamente de acuerdo, de que «el futuro difícil de la Comunidad pasa por una simple aplicación respetuosa de los tratados» (p. 220). Mucho nos tememos, sin embargo, que esta solución de vuelta a los orígenes, a fuer de teóricamente correcta, resulte inviable. La pequeña historia demuestra —y la todavía corta de las Comunidades Europeas parece corroborarla— que las andaduras por la enmarañada senda burocrática no suelen recorrerse en vano.

CÉSAR E. DIAZ LOPEZ

HENRY KISSINGER: *Mis memorias*. Editorial Atlántida, S. A. Buenos Aires, 1979, 1040 pp., fotos, mapas (impreso en España).

RICHARD M. NIXON: *La verdadera guerra (La tercera guerra mundial ha comenzado...)*. Planeta. Barcelona, 1980, 351 pp. (Col. Documentos, 15).

Las *Memorias* de todo un presidente Nixon no vieron el honor de ser traducidas al castellano. No es que esto diga poco en favor del destituido presidente, sino que lo dice todo respecto a la instrumentación lingüística del mundo hispánico. Sin embargo, la primera mitad de las densas memorias de su máximo ayudante y coformulador de la política exterior estadounidense fue plasmada de inmediato a nuestra lengua con un éxito editorial evidente. Luego, un pequeño y ágil libro del mismo Nixon, que condensa su modo de ver la política internacional con algunas reminiscencias y autojustificaciones de su prolongado aunque cortocircuitado mandato, ha visto también su versión al español con un lanzamiento sensacionalista y un éxito notorio.

Sabido es que «los dioses, vistos de cerca, desmerecen». Esto no parece rezar con Kissinger, tal vez porque no fuera un dios. Cuando en uno de sus

RECENSIONES

vaivenes programacionales, TVE lanzó un nuevo programa en directo y vía satélite dedicado a peces gordos o llamativos del mundo internacional, se arrancó con una entrevista con Kissinger. Quizá ningún hombre de nuestro siglo sin estar en la misma cúspide del poder ha sido objeto de tanto estudio y atención. El *kissinguerismo*, aplaudido o denostado, se aplicó a su saber hacer. Kissinger ha tenido poder, pero no ha sido el poder; en ocasiones, y pese a las apariencias, ni siquiera logró condicionarlo.

Un *best-seller* del mamotreto del doctor Kissinger es ya de por sí un fenómeno que revela en gran manera la personalidad del fenómeno que la persona es. Kissinger no es una máquina, ni un supermán, ni un carismático, aunque políticamente no rehuyera cierto exhibicionismo. Cualquier cosa que fuera, en modo alguno podrían entenderse sus recuerdos documentados como una proyección de nostalgias, y menos de frustraciones. Kissinger sólo representa un individuo dotado de una gran capacidad de razonamiento y de eficiencia práctica en su formulación y cuando es posible en su aplicación. Pensó y actuó; es decir, no sólo lucubró como tantos y criticó como muchos más a nivel de tertulias sin mañana o de asépticamente (in)comprometidas torres de marfil. Su mismo éxito personal manchándose y hasta ensuciándose las manos fue algo siempre tan imperdonable para la exquisitez intelectual, que de hecho le ha bloqueado, por el momento, el regreso a su viejo mundo profesoral.

Su comprensión de la política internacional en sus aspectos más cruciales y delicados se realizó desde su oficio de historiador y desde Harvard. Con N. Rockefeller se introdujo en la política, y después, sin ser nixoniano, fue llamado a la Casa Blanca. Con ello Nixon mostró su rareza tanto como su fuerte personalidad, precisamente porque dicho presidente siempre se preció, y con razón, de ser un buen experto en política internacional. Al Departamento de Estado llevó a un hombre tan sin sustancia adecuada como W. Rogers, pero también hizo ingresar en su equipo inmediato en calidad de consejero personal y asistente para la seguridad nacional a un tan fuera de serie como Kissinger. Mezquindades para lo menos y tremenda personalidad para lo más se conjugaron en Nixon, el cual, a decir de Kissinger, «podía ser tan minúsculo en los periodos de calma como intrépido en medio de una crisis, tan mezquino en las relaciones con sus asociados como sagaz en la defensa de los intereses nacionales» (p. 632).

Concluido Vietnam—y no antes—, Watergate estallaría, Nixon sería destruido; pero Kissinger proseguiría. Frases de antología y golpes de humor para todos los gustos salpican la obra, demostrando el autor no sólo ser un eficiente escritor, sino también captar con trazos magistrales situaciones complejas y profundizar en pocas líneas en la psicología de los personajes en particular y del séquito acompañante en general.

Sobre Watergate echa esta parrafada: «Aquellos cuya lealtad principal es hacia su propio progreso, no tienen escrúpulos cuando esa carrera está amenazada. Durante el período de Watergate esto produjo el poco edificante espectáculo de una carrera hacia los botes salvavidas en la que cada pequeño César buscaba salvarse empujando por la borda a sus hermanos de sangre» (p. 67); o sobre De Gaulle: «Otros jefes de gobierno y muchos senadores que habitualmente proclamaban su antipatía por los generales autoritarios se amontonaron a su alrededor y lo trataron como si fuera algún

RECENSIONES

extraño espécimen. Se tenía la sensación de que si se acercaba a una ventana, el centro de gravedad podía desplazarse y toda la habitación se inclinaría arrojando a todos al jardín» (p. 86).

Las memorias no arrancan en seco. Quienes no conozcan la obra escrita de Kissinger tienen ocasión de absorberla en capítulos introductorios y también salpicando a lo largo del libro. El propósito del judío ex alemán fue siempre el de hacer despertar a su país de adopción de los falsos sentimientos engendrados por su historia de éxitos a bajo coste. Los norteamericanos creen que lo deben exclusivamente a sus méritos, cuando lo cierto es que la favorable geopolítica, concretamente el vacío de poder en la mayor parte de su ámbito regional, creó alicientes al rápido expansionismo.

La veta moralista y legalista de la política exterior americana, de la mano casi siempre de un pragmatismo a ras del suelo y a corto plazo, ha dado a menudo sus frutos, pero la situación internacional se revolucionó como resultado de la guerra mundial. De pronto Estados Unidos se encontró sola ante el peligro y líder de medio mundo. Tuvo que improvisar su papel, sincopado por la euforia o el pánico, como a la sequía puede seguir la inundación. O involucración total, o aislamiento sin contagio, o guerra o diplomacia. Un país tan empírico ha sido incapaz de ver que los viejos y experimentados Estados no confrontan, sino que conjugan estas aparentes incompatibilidades manteniendo la vigilancia, evitando precipitaciones, dando consistencia a unos objetivos razonables y no siendo esclavos de la torradiza opinión pública. Infundir un sentido geopolítico, una continuidad y un nivel adecuado y persistente a la política exterior es lo que ha venido patrocinando el doctor Kissinger tratando de grabarlo en la mente y el gobierno de los Estados Unidos.

Por ironía cruel, el no querer reconocer la acumulativa derrota en Vietnam, conflicto heredado, ni habilitar y orientar la fuerza suficiente pero contundente para obtener la victoria y el no prestarse el enemigo a unas tablas prolongaron más de lo debido la guerra, corroyendo la propia retaguardia, hundiendo como nunca el espíritu americano y con todo ello haciendo posibles las ulteriores proezas rusas. Luego, sólo el fenómeno Jomeini y el asunto afgano—el pánico—sacudirían la fibra americana y ahuyentarían, ¿por cuánto tiempo?, los malos espíritus de la conciencia nacional.

Kissinger pone de relieve los asuntos en los que intervino personalmente: SALT, Indochina, OTAN, algo de Oriente Medio, la aproximación y conexión con China... Lo demás es más incidental. Así, por ejemplo, España ocupa una página, un párrafo y dos líneas donde se nos cuenta que, contagiados por un sueñecito de Franco, también el autor se durmió en la audiencia.

No se revelan *secretos de estado*, a pesar de utilizarse, con permiso, papeles clasificados y confidenciales. Pero no fía a la memoria. La obra está sólidamente documentada en la medida de lo pertinente, impregnándose aquí y allá de todo tipo de impertinencias, situaciones y mecanismos de toma de decisiones. Es terrible contra la burocracia americana y extraordinario haciéndonos comprender el proceso y formulación de la política exterior de su país. Pero no es libro de cotilleo cuando hasta las guasas se elevan a categoría. Rigor, relevancia y chispa van de la mano. El estilo literario es directo y vivo, poniendo de evidencia que el autor es consciente de que tanto o más importante que decir cosas es la forma de decirlas.

RECENSIONES

Desde luego, puntos flojos y aun contradictorios no faltan, y es de esperar que algunas se solventen o aclaren en la próxima entrega. ¿A qué viene que Nixon se pasee por países de la Europa del Este para infundirles confianza frente a Rusia si años después se habilita la *doctrina Sonnenfeldt*, ayudante de Kissinger, buscando la legitimación de la región en el regazo soviético? ¿De veras se creía en Washington que se había conseguido forjar un ejército survietnamita capaz de eficiencia al estilo surcoreano?

La obra es una mina de información para el lector ávido o simplemente interesado, un instrumento de análisis para el historiador y el relacionista internacional, el periodista o el político. Por desgracia, a efectos de referencia carece de índice. Claro que por tres cuartos de millón de palabras y una adecuada traducción, y todo por mil pesetas, no puede exigirse más. Esperemos que el volumen que cubrirá de 1973 a 1976, cuando ya es el autor secretario del Departamento de Estado, no tarde en aparecer.

Cuando el ex presidente Nixon redactó el libro que aquí se reseña hacia cinco años que fue forzado a abandonar la Casa Blanca (*dimiti*, dice él, y técnicamente tiene razón). El libro no es apocalíptico como ligeramente se le ha imputado. No se anda, desde luego, por las ramas y dice las cosas por su nombre, lo que en términos políticos siempre está mal visto..., según quien las dice. Precisamente lo más que podría imputársele es por qué no se esforzó más durante su larga permanencia en el poder en condicionar el mundo como él receta ahora. La gran losa que lo hipotecó todo fue Vietnam, razón de más para haber salido antes por las buenas o haber escalado igualmente la guerra con más decisión y rapidez y no haber esperado al final, en plena podredumbre irreversible y con un Watergate en trance, para de todas maneras hacerlo.

El libro está destinado a hacer comprender la naturaleza del poder y sus usos para poder triunfar de la guerra que ya vino sosteniendo con los rusos. Los rusos saben muy bien cuál es la naturaleza del poder y su utilización. De seguir Estados Unidos por el camino emprendido perderá esta guerra no declarada, lo mismo que puede bien perderla si la guerra se produce cabalmente. La enumeración de países pasados al control comunista desde 1974 está ahí: Angola, Etiopía, Afganistán, Yemen del Sur, Mozambique, Laos, Cambodia y Vietnam del Sur. Ahora le añadiría Rhodesia. Sin embargo, al no aquilatar, las pérdidas para Occidente no son en todos los casos irremisibles, por lo mismo que no lo son las ganancias para la Unión Soviética. El caso de Somalia lo explica, lo mismo que la prepotencia soviética terminó por virtualmente volcar hacia Occidente a la China del mismísimo Mao. Centroamérica se está uniendo a proceso e Irán está en guerra con un país aliado de la Unión Soviética, a pesar de que Jomeini echó al Sha. Y ahora Polonia salta por los aires. Y sin embargo no pocas de las recetas aportadas por Nixon, si no más, son las que aplica Reagan, un hombre duro y lógico rodeado de hombres que también lo son, puesto que hasta la lógica de Nixon-Kissinger pareció fallar en los cálculos de la época.

No deja de ser un proceso encantador de la historia que el *establishment* culturalmente dominante y dictador de las normas de proyectar la decencia internacional, que asaltó de frente a Nixon-Kissinger cuando sin embargo eran respetados por los rusos y se entendieron con los chinos, ahora, previo paréntesis carteriano, todavía no ha desplegado con fuerza los ataques pre-

RECENSIONES

visibles contra Reagan y sus políticas radicales avaladas masivamente por la opinión pública en forma de electorado.

No todo lo que Nixon afirma o niega es de cosecha propia. También se conoce el truco de hacer incursiones en terreno abonado satisfactoriamente para realzar sus propias lucubraciones. En algunos casos puede ser perfectamente devastador. Cita, por ejemplo, a Eric Hoffer, «descargador del muelle y filósofo»: «Uno de los sorprendentes privilegios de los intelectuales es que pueden ser escandalosamente asnales sin que ello perjudique su reputación. Los intelectuales que convirtieron a Stalin en un ídolo cuando estaba depurando a millones y ahogaba las menores expresiones de libertad, no han quedado desacreditados. Todavía sientan cátedra en todos los temas imaginables bajo el sol y se les escucha con deferencia... El gramático metafísico Noam Chomsky, que fue a Hanoi a adorar en el altar de los derechos humanos y de la democracia, no fue desacreditado y callado cuando los humanitarios comunistas montaron su pesadilla en Vietnam del Sur y en Camboya» (p. 274).

Cuando hace unos pocos meses el actual titular del Departamento de Estado, el general Haig, pronunció su llamativo exordio para diferenciar *regímenes totalitarios* y *regímenes autoritarios*, los de siempre se le echaron encima, y escrito estaba que así sería, pero yo no recuerdo que nadie citara este planteamiento como algo no original, cuando la realidad es que lo encontramos en este libro de Nixon (p. 306), y que a su vez el senador Moynihan ya había subrayado las consecuencias de la diferenciación (p. 312). Nixon se queja sobre todo que los amantes de la ética en las relaciones internacionales, hablando en términos generales, no sean consecuentes en su aproximación a los problemas, ya que suelen entrar a saco en los regímenes dictatoriales amigos o no enemigos y se callan ante dictaduras semejantes o peores, las critican a efectos testimoniales o incluso las justifican por aquello del sentido de la historia, aunque sean regímenes claramente enemigos del propio país. Y es que la respuesta está en la ideología o en Freud, no en la ética, aunque esto no lo advierta Nixon.

A Nixon lo sacó del poder Watergate, no Vietnam; la resaca de ambos auparon a Carter; el despertar de los sueños —Jomeini y Afganistán— consagró a Reagan. La historia dialécticamente es tratable; éticamente conduce al infarto cuando no es impostura.

TOMÁS MESTRE VIVES

ANGEL LOBO: *OTAN y España: El precio de una alianza*. Editorial Sábado Gráfico. Madrid, 1981. 266 pp.

El libro de Angel Lobo, militar profesional, diplomado de Estado Mayor de nuestro Ejército y del de los Estados Unidos de América del Norte, así como doctor en Ciencias Económicas, es seguramente uno de los más importantes que, sobre un tema relacionado con la entrada de nuestro país en la Alianza Atlántica, han visto la luz en estos últimos tiempos. Ese tema es, como indica el subtítulo de la obra, el económico: «el precio de una alianza». Y aunque el estudio se sitúa en el momento de edición del libro

RECENSIONES

—mayo de 1981—ello no le quita validez ni le hace perder actualidad, pues en él se contiene un inventario de problemas y vías de solución de los mismos de general aplicación al trance inmediato de la incorporación, ya decidida, de España a la Organización del Tratado del Atlántico Norte.

La obra que reseñamos consta de una introducción, cuatro capítulos (el último de ellos de conclusiones) y nueve apéndices con nociones esquemáticas de la estructura de la OTAN, con datos sobre logística española y con las investigaciones econométricas que han permitido a Angel Lobo determinar los datos básicos de su tesis. Es posible que por no incrementar el volumen de ese apéndice se incluyan no en éste sino en el mismo capítulo II cálculos y gráficos explicados en lenguaje técnico sólo accesibles al especialista o al que tenga interés en iniciarse o en profundizar en la cuestión, pero no al lector corriente.

En el capítulo I se estudia la repercusión directa que en el gasto de defensa de España tendría la incorporación de ésta a la OTAN. Se abre ese capítulo con una esquemática descripción de la Alianza, de sus normas y ritmos de trabajo y de sus presupuestos civil y militar. La anómala vinculación de Francia con la Alianza (Francia no cesa de afirmar equivocadamente que ella pertenece a la Alianza Atlántica, pero no a la OTAN), hace que ese presupuesto militar se desdoble en dos: uno de las 15 naciones de la Alianza y otro de las 14 naciones (Francia excluida). Los porcentajes de la contribución de cada país a esos tres presupuestos (civil, de las 14 naciones y militar de las 15 naciones) se determinaron tras arduas negociaciones en los primeros tiempos de la Alianza, teniendo en cuenta las diversas magnitudes macroeconómicas: Producto nacional bruto, población y otros diversos factores entre los que destacaría el potencial militar de cada nación.

La determinación de esa escala de porcentajes se considera como invariable debido tal vez a la dificultad que hubo para obtenerla. Si se comparan las magnitudes macroeconómicas de tal escala —producto nacional bruto, población y gastos defensivos— con las correspondientes de España, ésta aparecería en la tabla en la zona intermedia ocupada por Italia, Canadá, Bélgica y Holanda. Angel Lobo afina el estudio haciendo intervenir en el cálculo más lógicamente al producto interior bruto y llega así a la conclusión de que la cuota que le correspondería satisfacer a España para contribuir a los gastos generales de la denominada estructura de la OTAN sería el 2,63 por 100 del presupuesto civil, el 2,68 por 100 del de los 15 países y el 3,2 por 100 del de los 14. Ello supondría para España unos 12.444.000 dólares de 1981, equivalente al 0,31 por 100 del presupuesto español de ese año.

El capítulo se completa con el cálculo de la posible aportación de España a la infraestructura común de la OTAN. Lo aleatorio de las bases del cálculo, tantas veces independientes de su valor económico por primar el estratégico y el logístico y la necesidad de operar con datos hipotéticos que variarían quizás bastante en el momento de plantearse la cuestión real, hacen que Angel Lobo insista en el mero carácter orientador de las cifras por él obtenidas. Buscando una apoyatura más lógica para la determinación de la cantidad que España debe aportar, Angel Lobo basa sus cálculos en el abanico de los porcentajes de los distintos países y encuentra así que a España por su porcentaje le corresponde una contribución del 2,79 por 100.

RECENSIONES

En pesetas 2.550 millones que son —siempre para 1981— el 0,76 por 100 del presupuesto español de ese año.

En el capítulo II se trata de la repercusión indirecta en los gastos de defensa producida por la integración de España en la OTAN. Subraya Angel Lobo que esta repercusión —que no es obligatoria, ya que cada país la supedita a sus propios programas de defensa nacional— está originada por las recomendaciones que, debidas al planteamiento conjunto, hace la organización a las distintas naciones. Así actualmente ha recomendado a sus miembros un aumento del 3 por 100 anual (para el quinquenio 1979-83). A este respecto, Angel Lobo proporciona argumentos serios que justificarían que España, si le conviene, ignore esa recomendación. No está, pues, fundamentada la opinión tan divulgada en ciertos ambientes de que la entrada de nuestro país en la Alianza Atlántica traería consigo la duplicación del actual gasto de defensa.

También en este capítulo considera Angel Lobo la posibilidad de que la OTAN ayude militarmente a España y compara esa posible ayuda con la que España recibe de los Estados Unidos por su tratado con esta nación. Y concluye señalando «que no es la contrapartida económica la que justifica mantener una relación bilateral de seguridad con los Estados Unidos y que posiblemente en el contexto de la OTAN, si bien no hay razón para pensar que se obtendría una ayuda muy superior, sí se puede afirmar que se podría negociar con los Estados Unidos y con otros países miembros de la Alianza una ayuda al menos similar a la que se derivaría de un simple tratado bilateral con la nación norteamericana».

«En la OTAN —añade— se obtendría además la parte que otros países aportarían a los proyectos de instalaciones y mejoras de infraestructura que se negociasen al incorporarse el territorio español en el teatro europeo de planeamiento de la OTAN si lo que se recibiera por ese concepto superase a aquello que España habría de aportar al conjunto de la infraestructura común, lo cual podría ser considerado como una ayuda económica consecuente a la pertenencia a la OTAN...». Tal fue el caso de Grecia y Turquía.

En el capítulo III trata de las consecuencias de la cooperación en materia logística y demuestra que esas consecuencias son muy favorables para España, a la que le abriría la tecnología militar más moderna, así como la cooperación en la producción y mantenimiento de armamento. Se pondría fin así a la desventajosa situación actual en la que España ha sido mantenida al margen de todo el conjunto de organismos y programas de cooperación en material de guerra desarrollados en el contexto de la OTAN. «España —subraya Angel Lobo— tiene contratos de coproducción con diversos países de la Europa Occidental, pero siempre concertados en forma bilateral sin las ventajas que implica el desarrollo de la cooperación en el marco multilateral de la Organización del Tratado del Atlántico Norte».

En el capítulo IV, de conclusiones, el autor hace un formidable esfuerzo de síntesis —comparable al de análisis de los capítulos anteriores— y logra un perfecto resumen de su trabajo que podemos concretar en los siguientes puntos:

— Las únicas obligaciones económicas ineludibles —cuotas de costeamiento de gastos generales e infraestructura— son irrelevantes y discutibles

RECENSIONES

antes de su adopción. Importarían —cifra orientadora— el 1,07 por 100 del presupuesto español de 1981.

— Otras contribuciones económicas no son obligatorias, tienen el carácter de recomendaciones y están supeditadas a los intereses de la Defensa Nacional propia.

— Las instalaciones de la OTAN en territorio español pueden implicar una mejora de nuestra infraestructura militar defensiva y aportarnos ayuda económica.

— La pertenencia a la OTAN trae consigo grandes ventajas en el campo logístico: industria de material de guerra y tecnología avanzada, así como una mayor aproximación a organismos europeos de cooperación como la UEO (Unión de Europa Occidental) y GIEP (Grupo Independiente Europeo de Programas).

Es significativo señalar que la obra de Angel Lobo, anterior al acuerdo del Gobierno y Parlamento españoles sobre la adhesión a la OTAN, ha contribuido a crear un ambiente favorable a dicha adhesión. Merecidamente se produce ahora —que ya está decidida la incorporación de nuestro país a la Alianza Atlántica— la difusión oficial del libro en las Unidades del Ejército. Y para las negociaciones en ciernes con la OTAN el equipo diplomático y militar que intervenga encontrará en la obra de Angel Lobo un arsenal de datos y de métodos de indispensable utilización en su trabajo, uno de cuyos méritos principales es, a nuestro juicio, el haber deshecho el tópico de que la entrada de España en la OTAN implicaba una incidencia económica muy negativa para nuestro país. Ya no valen ahora razonamientos irresponsables y carentes de base. Si alguien quiere discutir el problema económico del ingreso de España en la OTAN ha de acudir a batirse en el riguroso campo científico en el que Angel Lobo plantea y orienta el problema apuntando hacia su solución.

EDUARDO BLANCO RODRIGUEZ

VARIOS: *Estudios Internacionales 1980*. Conferencias pronunciadas en el XXVI Curso de Altos Estudios Internacionales.

Las dieciséis conferencias publicadas, siguiendo el orden cronológico, están agrupadas en siete temas: Política exterior, Hispanoamérica, Europa, Economía, Defensa nacional de España, Prensa internacional y Enseñanza universitaria. Sin embargo, no constituyen bloques homogéneos.

El tema de la Política exterior encuadra las conferencias «Los factores de una política exterior», de José Luis Fernández Flórez; «La neutralidad y las relaciones internacionales», de Emilio Menéndez del Valle; «Algunas reflexiones sobre política exterior de España», de Isabel Barroso Quijano; «Los nuevos acuerdos con la Santa Sede», de Ernesto La Orden Miracle, y «El papel de Austria en las relaciones Este-Oeste», de Wolfgang Schallenberg. Estas conferencias son de distinto signo. Unas históricas, otras de tipo descriptivo. Una refleja la posición del PSOE, otra la de Alianza Popular.

RECENSIONES

De este grupo destacaría la conferencia de Emilio Menéndez del Valle, que si bien es un conferencia de partido, tuvo en su día cierto eco. Enumera los diversos tipos de neutralidad para distinguir entre una neutralidad ideal y una neutralidad posible y reivindicar para España el derecho a la neutralidad, patrocinando para el sur de Europa el equilibrio ibérico, donde España jugaría un papel parecido al de Finlandia en el equilibrio nórdico. En su opinión, si el equilibrio nórdico funcionaba a la perfección ¿por qué no iba a funcionar un equilibrio ibérico? España continuaría fuera de la OTAN pero manteniendo el tratado de Amistad y Cooperación con los Estados Unidos. La conferencia resulta un juego teórico curioso. Es asimismo destacable la conferencia del embajador austriaco.

La conferencia de Isabel Barroso se limita a repetir las líneas y propuestas de Alianza Popular. La de Ernesto La Orden es excesivamente descriptiva. Y la de José Luis Fernández Flórez se limita a enumerar, sin demasiada profundidad, los diversos factores que conforman la realidad de un estado determinado o bien condicionan su política exterior. Quizá en este grupo podría haberse encuadrado la conferencia de Enrique Múgica titulada «La defensa de España».

Otro gran grupo lo constituyen las conferencias referentes a Hispanoamérica, en las que sobresale la del rector de la Sociedad de Estudios Internacionales, Fernando de Salas, titulada «La comunidad de países hispanoamericanos», donde partiendo de una perspectiva histórica se describe la posición de España, los intentos de asociación de los países iberoamericanos, los elementos aglutinadores de esta comunidad, las dificultades a salvar y las acciones a realizar para alcanzar la meta comunitaria. Este asunto es, a nuestro juicio, de un planteamiento excesivamente optimista desde un punto de vista económico. Más porvenir tienen los aspectos educativo-culturales, que es donde más se detiene la conferencia. La conferencia de Guadalupe Ruiz-Giménez, «La democracia en Hispanoamérica», nos parece poco elaborada. Confluyen elementos estructuralistas, marxistas y otros meramente descriptivos. Quizá el apartado titulado «El destino de América Latina» es el más curioso, con un alto planteamiento ético, pero excesivamente genérico. La conferencia de Francisco Cádiz Deleito, director de Asuntos Interamericanos del Ministerio de Asuntos Exteriores, sobre el Pacto Andino es bastante completa y muy ilustrativa incluso para personas medianamente enteradas. Finalmente, la conferencia de Guillermo Lohman Villena, secretario general de la OEI, es también interesante y novedosa para los no especialistas, explicando con cierto detenimiento el nacimiento de la Oficina de Educación Iberoamericana con finalidades tan importantes como la contribución a la comprensión entre los pueblos hispanoamericanos, su integración y la difusión de los idiomas español y portugués y las culturas hispánicas y lusobrasileñas.

Dentro de este ámbito educativo se mueve la conferencia de Isidoro Martín, «Panorama internacional de la libertad de enseñanza universitaria», que es un estudio bastante completo, aunque se eche en falta una mayor profundización en el sistema legal de cada país, el régimen económico o el régimen de funcionamiento de las mismas.

Otro grupo de conferencias, quizá el más sólido en conjunto, se centra en temas económicos de importancia para España de una forma directa, como la conferencia de Adrián Piera titulada «Las Cámaras de Comercio

RECENSIONES

ante la integración de España en la Comunidad Económica Europea», donde se exponen con bastante claridad los pronunciamientos y la posición de las Cámaras de Comercio sobre períodos transitorios, el IVA, desarme industrial, acuerdos comerciales, agricultura, normas empresariales, sistema monetario, fiscalidad, presupuesto, etc. Las conferencias de Alfonso Alvarez de Miranda, antiguo ministro de Industria, y de Francisco Alcalá Quintero, embajador de México, son, cada una en su género, una fuente de datos de actualidad e interés. Esta última bien podría haberse encuadrado dentro del grupo de Hispanoamérica.

Queda, por último, un tanto descolgada la conferencia de Antonio Fontán titulada «La gran prensa internacional y la transición política española», cuyo contenido, a nuestro juicio, se desmarca un poco del título.

En suma, un libro de conferencias de la Sociedad de Estudios Internacionales que, aunque un tanto desigual, como todo ciclo de conferencias, es una contribución en el panorama español de estudios internacionales.

ANTONIO MARQUINA BARRIO